

El Año de la Fe y la VR latinoamericana y caribeña



Hna. María Eugenia Ramírez, RA

Pertenece a la Congregación de Religiosas de la Asunción. Estudio Licenciatura y Doctorado en Jurisprudencia en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Profesorado en Ciencias Religiosas y Morales en la Universidad “José Simeón Cañas”- UCA de San Salvador. Ha trabajado en colegios, pastoral parroquial y juvenil, comunidades de base. Ha sido formadora de las diferentes etapas (postulante, noviciado, juniorado). Fué animadora provincial de la Provincia Ecuador – Chile y Presidenta de la Conferencia Ecuatoriana de Religiosas/os (CER).

Resumen

Este artículo nos propone retomar el icono de la fiesta de la Presentación y descifrarlo a la luz de algunos contenidos esenciales de la Carta Apostólica *Porta Fidei*. Entendiendo la Vida Religiosa como una apuesta en la fe y una confesión de fe, esta relectura nos invita a acoger algunas llamadas:

- Asumir el riesgo de la Encarnación, de la humanización de nuestra Vida Religiosa
- Correr el riesgo de vivir en el Espíritu y de redescubrir nuestra profecía
- Atrevernos a apostar por la permanencia y la definición
- Adentrarnos por los caminos de la esperanza
- Consentir con el riesgo de Nazareth y con el tiempo de los signos
- Dejarnos habitar por la Palabra. Arriesgarnos a tener MEMORIA

Este artigo nos propõe retomar o ícone da festa da Apresentação e decifrá-lo à luz de alguns conteúdos essenciais da Carta Apostólica *Porta da Fé*. Entendendo a Vida Religiosa como uma aposta na Fé e uma confissão de fé, esta releitura nos convida a acolher alguns chamados:

- Assumir o risco da Encarnação, da humanização da nossa Vida Religiosa
- Correr o risco de viver no Espírito e de redescobrir nossa profecia.
- Atrever-nos a apostar pela permanência e a definição
- Adentrar-nos pelos caminhos da Esperança
- Consentir com o risco de Nazaré e com o tempo dos sinais
- Deixar-nos habitar pela Palavra. Arriesgar-nos a ter MEMORIA

La idea de un Año de la Fe nos da nuevamente la oportunidad de visitar los contenidos esenciales de nuestra fe (un don en constante crecimiento, en medio de un contexto postmoderno), de celebrar el regalo de nuestra vocación en el marco de América Latina y sobre todo de volver a decirnos unos a otros y, decirle a nuestras/os hermanas/os en humanidad, las razones del corazón que nos hacen amar y permanecer en esta locura de ser buscadores de Dios y rastreadores del Reino en estos tiempos recios.

La proclamación de este Año de la Fe nos sale al encuentro en medio de una realidad siempre compleja y ambigua, de contrastes desconcertantes que nos desafían a tener otra mirada, otra lucidez, otros registros, otros caminos de aprendizaje. Hay polaridades en nuestro mundo y en nuestro Continente que nos roban la paz y la esperanza: revoluciones que saben a continuismo, clamor de libertad e intolerancia, juegos de poder y valor de lo germinal, consumo imparable y signos de sencillez alternativa, redes por la vida y violencia creciente, comunión y división oportunista, de-

predación y cuidado de la tierra, heredad de todos. Nos encuentra haciendo memoria de la feliz iniciativa del Concilio Vaticano II y queriendo responder, desde el Sínodo de la Nueva Evangelización, a los desafíos que estos tiempos traen a la experiencia creyente.

En esta amalgama de trigo y cizaña, la novedad de Dios en su Palabra, y en las iniciativas de su Iglesia, vuelve a invitarnos. Me gustaría retomar el icono de la **fiesta de la Presentación** - nuestros amigos, los testigos Simeón y Ana, que nos acompañan cada año en la Jornada mundial de la Vida Consagrada- y describirlo a la luz de los contenidos esenciales de la Carta Apostólica **Porta Fidei**. Esta propuesta puede *provocarnos* para asumir lo que yo llamo **la apuesta de la Fe**.

La Vida Religiosa es una enorme apuesta en la Fe y un riesgo. Un salto a la incertidumbre del seguimiento y un camino de libertad y desprendimiento progresivo para hacer de nuestra vida algo muy cercano a lo que Jesús soñó y vivió. Es una propuesta de vida alternativa que en contextos tan

Revisitar los
contenidos
esenciales de
nuestra fe.

diversos como los nuestros puede encontrar desde una acogida propicia y una tierra abonada, un rechazo vedado o evidente, hasta una indiferencia lacerante. Y todo ello requiere enormes dosis de Fe, de Esperanza y de Amor.

Al mismo tiempo, la Vida Religiosa es una confesión de fe, personal y comunitaria. Una expresión existencial de nuestra fe y de nuestra confianza en el Único capaz de convocarnos a la absoluta confianza. Este año se nos invita a renovar nuestras convicciones y a confesar las razones teológicas que nos han movido a asumir este camino de seguimiento.¹ ¿Algo superfluo? No lo creo así.

Tengo la sensación de que presuponemos muchas cosas en nuestra opción por la Vida Consagrada. Sabemos - a veces intelectualmente- las razones de nuestra vida en común, lo que “debe” mover nuestro dinamismo apostólico, lo que impulsa nuestra creatividad por el Reino y nuestras opciones de presencia en medio de las nuevas pobrezas. Pero es oportuno reconocer el “enfriamiento” de las propias motivaciones, la crisis de fe que afecta

a nuestro mundo, su trepidante secularización y desconfianza hacia las mediaciones. Eso nos deja ante la desnudez del Misterio y de cara a la llamada siempre urgente a la redefinición de nuestras estructuras, a la renovación de todo lo que puede sostener nuestra experiencia creyente.² Simple y sencillamente, nos deja ante la urgencia de cuidar la vida y “mimar” el Amor.

Aparecida nos recuerda que no se es cristiana/o por una decisión ética³. Pasar de ser “religiosa/o” a ser creyente es un enorme desafío. A América Latina le acompaña su religiosidad, como tierra propicia, pero también como condicionamiento que puede quitarle la libertad y las alas a la fe y al encuentro con el Misterio. Reducirla a prácticas fieles o a estructuras externas es una gran tentación, y una fe con esos cimientos ambiguos no se sostiene. Nunca será suficiente repetir la llamada de “parar” y creer en los medios sencillos que hacen crecer el don: el silencio, la oración, la ascesis. Necesitamos nuevamente ser engendradas/os, gestadas/os y dadas/os a luz. Recuperar la dimensión de pura gratuidad, de

La Vida Religiosa es una confesión de fe.

aparente inutilidad o de “desperdicio” que tiene nuestra vida en el Espíritu.

Se nos pide recrear la perspectiva tan bíblica de la fecundidad, muy distinta del éxito. La fecundidad necesita poda y el éxito busca logros, la fecundidad necesita proceso y el éxito resultados rápidos, la fecundidad requiere la oscuridad de la tierra: la sencillez, la paciencia, la confianza... Y esa fecundidad no la medimos nosotros, hay que dejarla al cuidado del Viñador, que es radicalmente paciente y confiado.

Y si es necesario hacer crecer el don, es urgente también volver a creer en nuestros proyectos congregacionales y en sus mediaciones. Dejar madurar el sentido de pertenencia, mojar la camiseta por un destino y un carisma común que un día decidimos compartir con hermanas y hermanos concretos.

¿A QUÉ NOS INVITA ESTE AÑO DE LA FE?

A:

- **Asumir el riesgo de la Encarnación, de la humanización de nuestra Vida Religiosa**

El pasaje de Lucas nos confirma que las cosas de Dios transcurren en un marco de increíble humanidad: el sencillo cumplimiento a la Ley y la fidelidad a unos ritos que acompañan con ternura el crecimiento de un pequeño niño (“cuando se cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor” Lc. 2, 39), porque Jesús debía “hacerse semejante a sus hermanos en todo” (Heb. 2). Como que nos quisiera recordar que la Vida Religiosa debe ser también “experta en humanidad” y que nada de lo que produce gozo o dolor a nuestros hermanos puede resultarnos ajeno⁴. Que tenemos que recupe-

Recrear la perspectiva tan bíblica de la fecundidad, muy distinta del éxito.

rar el gusto por lo sencillo de la vida, “saborear” lo divino en lo anodino, en lo oculto... en monotonía del amor que se expresa en gestos, en ritos. Y quizás volvernos más simples como los niños, que pueden ser felices, reír y disfrutar sin tanto ropaje, discurso o estructura.

- **Correr el riesgo de vivir en el Espíritu⁵ y de redescubrir nuestra profecía**

Impresionan las veces que aparece la acción del Espíritu en el relato de la Presentación. Como que los personajes se juntaran en una misma pista de baile para danzar al ritmo del Espíritu. El Espíritu los habita, los mueve, se les revela, los hace coincidir en la hora del encuentro, del gozo y de la alabanza. Los hace profetizar en la complicidad de un anuncio compartido por sólo unos cuantos. Y ellos se dejan conducir y se convierten en profecía, no ya del grito sonoro y vibrante - tan determinante en la Vida Religiosa de América Latina en los años 70 y 80 - sino más bien en **profecía de testimonio**. Pareciera

que también la Vida Consagrada debería aprender a pasar de las palabras abundantes a esa profecía de la coherencia y fidelidad cotidiana de estos ancianos cuyas únicas cartas de presentación, en el caso de Simeón, fueron su “justicia, piedad y esperanza”; y de Ana, su “constancia en el servicio del templo, su vida de ayuno y oración”.

Benedicto XVI nos recordaba que “la renovación de la Iglesia

Pasar de las palabras abundantes a esa profecía de la coherencia y fidelidad cotidiana.

pasa también a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes”⁶. En esta perspectiva, el Año de la fe es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor: conversión a sus modos de ver y amar, a sus preferencias, a las inclinaciones y gustos de su corazón, a sus acciones y opciones. La fe, en efecto, “crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, “abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invita-

ción del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos”.

Así, la fe sólo crece y se fortalece creyendo⁷. Como el amor sólo se aprende amando, testimoniando un amor sencillo y creíble; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios.

Dejarnos llevar por el Espíritu, volver el corazón hacia los modos de amar y actuar de Jesús, acoger esa otra profecía posible al alcance de toda la VR- , la del humilde amor.

- **Atrevernos a apostar por la permanencia y la definición: dejarse llevar por las intuiciones del corazón**

La permanencia hoy requiere de verdadero atrevimiento. Pasar el desierto del término de las utopías, de las razones gastadas, de las preguntas sin respuesta, requiere de audacia y fidelidad. Una fidelidad que no es sólo

“transcurrir”, repetir o quedarse inmóvil. Hablamos de entrar en una dinámica de búsqueda constante, de convivencia serena con la ausencia de respuestas, de convicciones nuevas y estrenadas cada día. Se trata de preguntarnos no por las razones de los que se van, sino por las razones, poco lógicas y amantes, de los que nos quedamos. Simeón es claro para definir a Jesús como “bandera discutida” y señal de contradicción. Ante Él no queda más que tomar postura, hacer opciones,

desnudar las intenciones del corazón. Y estas definiciones se nos devuelven luego como experiencia de ser “testigos”-como cantamos cada noche en el Nunc Dimitis- de

la salvación de Dios que alcanza a todos como promesa cumplida.

A Simeón y Ana se les regala contemplar al Salvador, porque supieron esperar y permanecer, y porque supieron contemplar, en la vulnerabilidad de un niño, al deseado de Israel. En el pasaje de Lucas no hablan ni reconocen los sacerdotes del templo, ni los maestros de la ley, ni los legitimados por la religión o el poder social. Hablan los pequeños y

Volver el corazón hacia los modos de amar y actuar de Jesús.

sencillos. Los que no suelen tener palabra -pastores, ilegales, paganos-, son los que ven más allá, se maravillan, reconocen y confiesan; y con ellos debemos estar, si queremos también reconocerlo. Renovada y terca opción por los pobres, que cada vez sabe menos a ideología y más al deseo a apegarnos a los gustos de Dios. Simeón y Ana vieron “más allá”. Otros estaban también en el Templo, pero **sólo ellos** se maravillaron, creyeron y confesaron.

Percibieron en una realidad simple, el milagro. ¿Qué abre y dispone el corazón para ese encuentro? ¿Qué sincronía de coincidencias nos abre a acoger la novedad del Misterio en nuestras vidas? La Porta Fide⁸ nos evoca un ejemplo muy elocuente de este proceso personal en el que la gracia abre la inteligencia y el corazón: la conversión de Lidia. Cuenta san Lucas que Pablo, mientras se encontraba en Filipos, fue un sábado a anunciar el Evangelio a algunas mujeres; entre estas estaba Lidia y el «Señor le abrió el corazón para que aceptara lo que decía Pablo» (Hch 16, 14). El sentido que en-

cierra la expresión es importante. San Lucas enseña que el conocimiento de los contenidos que se han de creer no es suficiente “**si después el corazón, auténtico sagrario de la persona, no está abierto por la gracia que permite tener ojos para mirar en profundidad y comprender que lo que se ha anunciado en la Palabra de Dios**”.

¿Cómo colaborar con la gracia y poner un colirio en nuestros ojos para comprender las teofanías del

Situarnos en las fronteras nos da otra perspectiva, afina nuestra mirada.

Señor? La propuesta de una experiencia espiritual desde el mundo de los pobres- los pequeños, los no amados, lo que no cuentan- que convierten nuestros sentidos y nuestra mirada, hunde sus raíces en una ya larga tradición latinoamericana de convergencia entre la fe y la opción por la vida. Situarnos en las fronteras nos da otra perspectiva, afina nuestra mirada y nos invita también a esa otra contemplación posible del misterio de la Encarnación en medio de un mundo roto y de la belleza de Dios en medio de sus rostros desfigurados. Pero situarnos y resituarnos constantemente desde allí, no

es suficiente. La Vida Religiosa de nuestro Continente necesita tiempo para parar, procesar, formular intuiciones, amasarlas en el silencio y en la soledad del Encuentro, acrisolar convicciones y aprender a esperar los ritmos del Reino, para que esa siempre urgente y necesaria conversión a los pobres sea sobre todo y a cada instante -cuando ya no nos quedan razones-, una opción de las entrañas y de la fe.

Y si estamos llamados a dejar que la Gracia toque nuestros corazones y le dé “un vuelco en la fe”, también estamos llamados a “tocar los corazones”. Dice una poeta brasileña: “No sé si la vida es corta o demasiado larga para nosotras. Pero sé que nada de lo que vivimos tiene sentido si no tocamos el corazón de las personas”⁹. Tocar en los otros su realidad más vulnerable, poner nuestras manos, con delicadeza, en su parte herida y en su parte bendecida, como hemos sido tocados nosotros. Hacer presentir a nuestros hermanos y hermanas el gran Amor que les habita. Todo un programa de Nueva Evangelización.

• Adentrarnos por los caminos de la Esperanza

En estos contextos de desencanto y de ilusiones rotas¹⁰, como Vida Consagrada reivindicamos nuestro derecho a seguir soñando. Somos herederas/os del sueño de Dios para nuestra historia y queremos ser signos de esa esperanza. Sabemos que con el colirio de la esperanza “nuestros propios ojos” verán lo que el Señor ha preparado para sus hijas e hijos, y queremos con Ana cantar y contagiar a otros con esta irrenunciable confianza.

“Nada de lo que vivimos tiene sentido si no tocamos el corazón de las personas”

¿Cómo reconciliar realismo y confianza? La gente de religión está extraordinariamente inclinada a

dramatizar: desde las pequeñas -y no tan pequeñas- disputas comunitarias, congregacionales y eclesiales, pasando por el susto ante los números y la disminución. Nos contagia en ocasiones el clima de calamidades que el amarillismo de los MCS se goza en alimentar. Perdemos el sentido de la historia y del ritmo lento de todo proceso. Pero si somos siervos de la gracia de Dios, no podemos olvidar que el gran drama ya aconteció. Cris-

to murió y Cristo resucitó. Cristo vendrá de nuevo. Uno de los modos en los cuales podemos mantener al mismo tiempo la verdad y la esperanza, es viviendo el drama fundamental de la gracia en lugar de “derramar aceite en los pequeños fuegos que estallan por aquí y por allá”¹¹. Como Dietrich Bonhoeffer escribió al obispo Bell poco antes de ser asesinado por los nazis, **la victoria es cierta.**

La Carta Apostólica Porta Fidei (15) reconoce este itinerario de la esperanza al que somos especialmente llamados en este tiempo: “La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. Cuántos santos han experimentado la soledad. Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios... Las pruebas de la vida (...) son preludio de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe...”. Este itinerario vale para todas las generaciones y en todo momento de nuestra vida. Puede “anclar” en puerto seguro los proyectos innovadores de las nuevas generaciones de religiosas/os (los jóvenes que “ven visiones”) y dar

alas a la esperanza de nuestros mayores (ancianos que tengan sueños). De ambos está sediento nuestro mundo y nuestra Iglesia (Jo. 2,28-Hch. 2,17)¹².

- **Consentir con el riesgo del no- poder: entrar en la dinámica de Nazaret y en el tiempo de los signos**¹³

Con José y María caminamos de Jerusalén a Nazaret. Volvemos al mejor capítulo - y el más largo y silencioso- del Evangelio y del corazón de Dios: la significatividad de lo cotidiano hecho con amor entrañable, la sabiduría y gracia que sólo se logran amasados con el tiempo, la experiencia, las caídas, los ensayos. Volvemos al corazón de la Vida Religiosa: Nazaret es su lugar, su escuela, donde aprendemos a despojarnos del poder y a volver a lo esencial.

Nazaret, como Belén, nos habla de la pasión de Dios por la humanidad, y especialmente por lo pequeño y frágil. Todo lo que nos habla del amor de Dios por lo vulnerable, evoca en nosotras/os una atracción increíble, porque

*Nazaret es lugar,
escuela, donde
aprendemos a
despojarnos del
poder y volver a lo
esencial.*

toca nuestra propia experiencia de pequeñez, amada y preferida por Él, y por ello tiene un enorme potencial simbólico.

Benedicto XVI selló el final de su pontificado con una bellísima lección de humildad. El mundo aplaudió su audacia, su libertad y su lucidez para ceder el timón de una Iglesia que atraviesa enormes desafíos, desmitificó el cargo y nos invitó a confiar en el poder del Espíritu y en la omnipotencia del Amor, que jamás dejará de velar por su pueblo. Resituó su liderazgo, colocó a Cristo en su innegable centro y nos dejó entrever su grandeza de alma, esa que gravita en el Único que permanece, que es fiel y que sigue actuando, día y noche, “sin que sepamos cómo...”¹⁴.

Durante los primeros días de la elección del Papa Francisco, me impresionó la gran acogida que tuvieron sus primeros gestos y palabras, cargadas de sencillez y de evangélica humildad: el Obispo pidiendo la bendición de su pueblo, la elección esperanzadora de un nombre que evoca renovación, frescura de Evangelio, pobreza. Su

estilo de vida pobre y su cercanía a la gente y a los más sencillos, captó la atención de los Medios y robó el corazón de los fieles. Una vida sencilla, el deseo de mayor coherencia, la autenticidad, son elementos aparentemente simples pero **HABLAN** a nuestro mundo de hoy, sobrepasan los límites de la religión y la ideología, son visibles y tienen una fuerza transformadora.

Nuestros hermanos teólogos reunidos en Brasil el año pasado, recogiendo la intuición de una “Iglesia que sabe escuchar los signos de los tiempos...” nos propusieron pasar a los “tiempos de los signos”. La autenticidad... la coherencia vivida sin estruendosa publicidad... el Evangelio vivido en toda su radicalidad... ¿no son SIGNOS al alcance de todas/os nosotras/os?

- **Dejarnos habitar por la Palabra, por sus diferentes expresiones a lo largo de la historia. Arriesgarnos a tener MEMORIA¹⁵**

“...El conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio asentimiento, es

*Dejarnos habitar
por la Palabra, por
sus diferentes
expresiones a lo
largo de la historia.*

decir, para adherirse plenamente con la inteligencia y la voluntad a lo que propone la Iglesia” (PF 10)

Este Año se nos pide recrear nuestro conocimiento de la fe. Conocer “de memoria”, dejar habitar el corazón de la Palabra... de las convicciones... No por casualidad, los cristianos en los primeros siglos estaban obligados a aprender de memoria el Credo (PF 9). Esto les servía como oración cotidiana para no olvidar el compromiso asumido con el Bautismo. San Agustín nos recuerda: “Recibieron y recitaron algo que deben retener siempre en su mente y corazón y repetir en su lecho; algo sobre lo que tienen que pensar cuando están en la calle y que no deben olvidar ni cuando coman, de forma que, incluso cuando duerman corporalmente, vigilen con el corazón».

En la monotonía de la oración cotidiana, de la liturgia y de las oraciones de todo tiempo y de todos los tiempos, vamos dejando habitar nuestro corazón y nuestra memoria, como María -cuya palabra estaba “hipotecada” por la

Palabra- y como el mismo Jesús que, en los momentos clave de tentación y de sufrimiento, sólo sabe responder con aquellas palabras innumerablemente repetidas de los Salmos y de los Profetas.

Se nos propone conocer y re-conocer inteligente y experiencialmente los contenidos de nuestra fe. Podemos entender esta propuesta como una llamada a la constante renovación y a la formación teológica continua. En efecto, la Iglesia y la Vida Religiosa de América Latina enfrentan el desafío de un nuevo contexto cultural, social, político, económico, ecológico y religioso globalizado y excluyente, que exige de nosotras/os no sólo un compro-

**Conocer y
reconocer
inteligente y
experiencialmente
los contenidos de
nuestra fe.**

miso de acción, sino también un estudio interdisciplinar y una reflexión seria y constante a la luz de la Palabra¹⁶. Gustavo Gutiérrez en el Congreso de San Leopoldo (Brasil) exhortó con emoción a los teólogos jóvenes a que en su quehacer teológico sean “rigurosas/os, profundas/os, cercanas/os a las comunidades insertas en el mundo y que den su vida por los pobres”. Una fe que camina “cer-

ca de Dios, cerca de los pobres”, echa sus raíces en lo mejor de la teología latinoamericana. Y esa fe, esa teología y esa reflexión deben seguir nutriéndose para alumbrar vida abundante.

Como Vida Religiosa tenemos una **historia gloriosa** para recordar, contar y construir¹⁷, historia que contempla el misterio insondable de una amalgama de santidad y pecado, y que nos hace vivir en gratitud y asombro ante la misericordia del Padre. Historia de fe, de razones entregadas y puestas en juego por el amor. Historia de fidelidad a Dios y a su voz que clamaba en la realidad. De fidelidad a su Iglesia y a sus intuiciones fabulosas: ¡cuántos de nuestras/os hermanas/os se implicaron apasionadamente para hacer vida el sueño del Concilio Vaticano III!. Como en la Escritura y evocando la herencia de la Iglesia del Continente, nosotros también podríamos cantar nuestra “letanía de fe”¹⁸:

Por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces

de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores.

Por la fe, hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo, dejando todo para vivir en la sencillez evangélica la obediencia, la pobreza y la castidad, signos concretos de la espera del Señor que no tarda en llegar.

Por la fe, muchos cristianos han promovido acciones en favor de la justicia, para hacer concreta la Palabra del Señor, que ha venido a proclamar la liberación de los oprimidos y un año de gracia para todos (cf. Lc 4, 18-19).

Por la fe, hombres y mujeres de toda edad, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (cf. Ap. 7, 9; 13, 8), han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús...

Es bueno tener y hacer memoria. Sabernos anclados en un pasado tremendamente fecundo y generoso confirma la autenticidad de nuestro presente y le da alas a nuestro futuro. Saber que en nuestros genes carismáticos

Por la fe, hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo.

se encuentra la generosidad de un amor desmedidamente experimentado y entregado. Somos hijos e hijas del Amor y también nosotros vivimos por la fe: para el reconocimiento vivo del Señor Jesús, presente en nuestras vidas y en la historia. Simeón y Ana cogieron la posta de siglos de pacientes centinelas. Como nosotras/os ahora, herederas/os de una “nube de testigos” consagradas/os que inspiran nuevos proyectos y compromisos estrenados.

Que este Año de la Fe y estos personajes que nos han acompañado en esta relectura, vuelvan a encender en nosotras y nosotros el fuego de la audacia y la luz del atrevimiento para consentir con estos riesgos. Nuestra vocación en la Iglesia ha sido vivir a la intemperie y apostar por la aventura del seguimiento a pie y sin cálculos. No renunciemos a nuestra matriz fronteriza. Que nuestras fundadoras y fundadores, que los testigos de hoy y siempre, creyentes, amantes y soñadoras/es, nos estimulen por estos caminos de germinal y alternativa fidelidad.

Notas:

¹ PF 9. Deseamos que este Año suscite en todo creyente la aspiración a confesar la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza

(...) Al mismo tiempo, esperamos que el testimonio de vida de los creyentes sea cada vez más creíble. Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio...

² Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas.

³ DA 12.

⁴ GS (Vaticano II).

⁵ “El Espíritu, en efecto, aletea en toda la escena de la presentación de Jesús en el Templo, en particular en la figura de Simeón, pero también de Ana. Es el Espíritu «Paráclito», que lleva el «consuelo» de Israel y mueve los pasos y el corazón de quienes lo esperan. Es el Espíritu que sugiere las palabras proféticas de Simeón y Ana, palabras de bendición, de alabanza a Dios, de fe en su Consagrado, de agradecimiento porque por fin nuestros ojos pueden ver y nuestros brazos estrechar «su salvación» (cf. 2, 30)”. Benedicto XVI, Jornada mundial de la Vida Consagrada-2013.

⁶ Porta Fide 6.

⁷ Porta Fide 7.

⁸ PF 10: “...En efecto, existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que pres-
tamos nuestro asentimiento. El apóstol Pablo nos ayuda a entrar dentro de esta realidad cuando escribe: «con el corazón se cree y con los labios se profesa» (cf. Rm 10, 10). El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo...”.

⁹ “No sé... si la vida es corta o demasiado larga para nosotros, pero sé que nada de lo que vivimos tiene sentido si no tocamos el corazón de las personas.

Muchas veces basta con ser:
regazo que acoge,
brazo que envuelve,
palabra que conforta,
silencio que respeta,
alegría que contagia,
lágrima que corre,
mirada que acaricia,
deseo que sacia,
amor que motiva.

Y eso no es cosa de otro mundo,
es lo que da sentido a la vida. Es lo que la hace
que no sea ni corta,
ni demasiado larga,
pero que sea intensa,
verdadera, pura... mientras dure...”

Cora Coralina.

¹⁰ “...Les invito a una fe que sepa reconocer la sabiduría de la debilidad. En las alegrías y en las aflicciones del tiem-

po presente, cuando la dureza y el peso de la cruz se hacen notar, no duden de que la kénosis de Cristo es ya victoria pascual (...). En las sociedades de la eficiencia y del éxito, su vida, caracterizada por la «minoridad» y la debilidad de los pequeños, por la empatía con quienes carecen de voz, se convierte en un evangélico signo de contradicción...” (Homilía Benedicto XVI- Jornada Mundial de la Vida Consagrada 2 de febrero de 2013).

¹¹ Paradigma del liderazgo cristiano: La parábola del Hijo Pródigo, Timothy Radcliffe, op -24 de Septiembre de 2012.

¹² Citado en el Mensaje final del Congreso de Teología Latinoamericana.

¹³ Conscientes de que la “Iglesia debe escrutar los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio” (GS 4), hemos querido pasar a los tiempos de los signos y hacer un proceso de construcción colectiva que articule nuestro pensar, sentir y actuar...” (idem).

¹⁴ Mc. 4, 26-27: “El Reino de Dios es como un hombre que sembró un campo: de noche se acuesta, de día se levanta, y la semilla germina y crece sin que él sepa cómo...”.

¹⁵ “... Os exhorto por esto a hacer memoria, como en una peregrinación interior, del «primer amor» con el que el Señor Jesucristo caldeó vuestro corazón, no por nostalgia, sino para alimentar esa llama...” (Homilía de Benedicto XVI- Jornada Mundial de la Vida Consagrada 2-febrero-2013).

¹⁶ PF 12: “En efecto, la fe está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas

racionales al de los logros científicos y tecnológicos. Pero la Iglesia nunca ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad...”.

¹⁷ Vita Consecrata.

¹⁸ PF 13.